

---

interés relativo, el resto carece de carácter, «dado el aspecto general de la población, donde hay pocas casas de tres y cuatro pisos; la mayor parte son de dos y, muchas, señaladamente en los barrios extremos, tienen sólo desvanes sobre la planta baja, constituyendo pobres y antihigiénicos tugurios...» Fuera de unas cuantas casas construidas con sillería, la mayor parte estaban edificadas con «mampostería de piedra y cal en los cimientos, piedra y yeso con arena en machones y tabiques, y tapia en los muros principales», la misma tipología de la ciudad medieval.

Y por fuera de este paisaje urbano, la periferia; las cuevas, miserables habitáculos, siempre amenazadas de desalojo y hundimiento y nunca definitivamente eliminadas, que aprovechando las características del terreno, abrían su cicatriz al exterior del núcleo histórico en las afueras de Tejares, Puertas de Murcia y Valencia, en las Peñicas —a espaldas de la calle Cervantes—, y en el Cerrico de la Horca.

Estos eran los antecedentes de la ciudad actual, de la ciudad de nuestro tiempo. Segura Artero incorpora los conceptos del análisis económico al proceso de producción de la ciudad moderna, introduciendo el de valor de cambio y señalando que con la desvinculación, entendida como mecanismo de destrucción de las relaciones de producción feudales y, por consiguiente, de sus formas específicas de utilización de la vivienda y de articulación del espacio urbano, éste adquiere valor de cambio sobre el valor de uso tradicional. Esta es, indica, la nueva característica fundamental del concepto capitalista de la propiedad que ahora se aplica. Así queda abierta: a) la vía al proceso de especulación del suelo que se inicia, en mayor o menor medida, con la desamortización; y b) la de producción de vivienda entendida como mercancía, convirtiendo a los núcleos urbanos en fuente de acumulación de capital.

Advierte, sin embargo, que este fenómeno se producirá de forma todavía limitada, tanto espacial como sectorialmente. Espacialmente, en reducidas zonas; sectorialmente, porque esta tendencia convivirá en difícil dualidad con la de considerar la propiedad del espacio urbano como mera fuente de renta, planteamiento propio de una sociedad de base agraria, como la albacetense del siglo XIX, estancada económicamente, que tiende a extrapolar los criterios económicos del campo a la ciudad.

Todos estos cambios en la morfología y en la estructura de Albacete se producían en la medida en que la población urbana crecía a expensas de los habitantes del entorno comarcal circundante. Al terminar el siglo, la ciudad acumula ya actividades productivas, de gestión de almacenaje y distribución de transportes, así como actividades culturales y administrativas, que exceden del ámbito municipal. Las bases de la ciudad moderna están asentadas. Con todo ello empiezan a definirse ciertos espacios diferenciados, especializados según la función dominante —nueva residencia, industrial, administrativa—, que inician un estrecho cerco del núcleo histórico. El acoso hará eclosión con los nuevos ensanches planificados al comenzar el siglo XX. Pero ésta es ya otra fase de la historia de la ciudad moderna; la fase de la «ciudad de nuestro tiempo», cuya consideración no podemos referir aquí.